

vez enfermiza; inclinó la cabeza, se rompió su tallo, y por la noche, perdidas ya algunas de sus hojas, perdida toda su belleza, había descendido á la condición de las malas hierbas y de las caras ajadas. Tal es la suerte de todo hombre y de toda mujer: ser herencia de los gusanos y de las serpientes en la fría tierra inmundada, con tal cambio en nuestro aspecto que á poco no nos reconocerían nuestros amigos; y con tanto horror mezclado á ese cambio... que los que seis horas antes nos colmaban con sus caritativos ó interesados servicios, á duras penas pueden permanecer solos en la estancia donde yace el cuerpo despojado de la vida y de sus honores.»

El hombre que se embebe en este orden de ideas, como Hamlet en el cementerio, entre los cráneos que reconoce y bajo la opresión de la muerte que toca, no tiene que hacer ya más que un esfuerzo para ver surgir en su corazón un nuevo mundo. Busca el remedio de sus tristezas en la idea de la justicia eterna, y le implora con una amplitud de palabras que hace de la oración un himno en prosa tan bello como una obra de arte.*

«Dios eterno (1), padre omnipotente de los hombres y de los ángeles, cuyo cuidado y cuya providencia me conservan y guardan, me sostienen y asisten, humildemente te pido que me perdones los pecados y las locuras de este día, la flaqueza de mi servicio y la fuerza de mis pasiones, la temeridad de mis palabras, la vanidad y el mal de mis acciones. ¡Oh justo y amado Dios! ¡Cuánto tiempo aún vendré así á confesar mis pecados, á orar contra su seducción, y á recaer, no obstante, bajo su yugo! ¡Oh! ¡que no sea así en lo su-

(1) Golden grove.

* No es cierto, bajo la acción de estos sentimientos, como se cree, que el alma se despoja de su cuerpo. Es el cuerpo el que se despoja de su alma, y el alma se despoja de su cuerpo.

cesivo, y que yo no vuelva jamás á las locuras que me humillan, que acarrearán el pesar, y la muerte, y tu disgusto, peor que la muerte! Concédeme el imperio sobre mis inclinaciones, y un odio completo al pecado, y un amor á ti superior á todos los deseos de este mundo. Dignate preservarme y defenderme esta noche de todo pecado, de toda violencia del azar, de la malicia de los espíritus de las tinieblas. Vela sobre mí durante mi sueño, y sea yo, dormido ó despierto, tu servidor. Sé el primero y el último en mis pensamientos y el guía y la asistencia continua de todas mis acciones. Preserva mi cuerpo, perdona el pecado de mi alma y santifica mi corazón. Que viva yo siempre santa, justa, juiciosamente; y, cuando muera, recibe mi alma en tus manos.»

V

Pero esa no era más que una semi reforma, y la religión oficial estaba demasiado ligada al mundo para que pudiese purificarle hasta el fondo; si reprimía los desbordamientos del vicio, no atacaba su fuente, y el paganismo del renacimiento, siguiendo su pendiente propia, conducía ya bajo Jacobo I á la corrupción, á la orgía, á la sensualidad provocativa y grosera (1), que más tarde, bajo la restauración, descubrió su

(1) Véase el teatro de Beaumont y Fletcher, los tipos de Bawder, Protalice y Brunehaut en *Thierry y Teodoro*. En *The custom of the country* varias escenas representan el interior de una casa de prostitución, cosa frecuente, por lo demás, en ese teatro (Massinger, Shakspeare). Pero aquí los pupilos de la casa son hombres. Véase también *Rule a vice and have a wife*.

Muy mas descorrado con 17. el Renacimiento pagano con Jacobo I^o

¡Qué en la moral del Renacimiento!

cloaca á la luz del día. Pero, debajo del protestantismo oficial, se extendía el protestantismo vedado; los *yeomen* se creaban su fe como los señores, y ya tras los anglicanos asomaban los puritanos.

Aquí ninguna cultura, ninguna filosofía, ningún sentimiento de la belleza armoniosa y pagana. Hablaba sólo la conciencia, y su intranquilidad se había convertido en terror. El hijo del tendero ó del labriego, que leía la Biblia en la granja ó en el mostrador, entre los teneles ó los sacos de lana, no tomaba las cosas de la misma manera que el pulido caballero amantado en la mitología antigua y refinado por la elegante educación italiana. Las tomaba trágicamente, se examinaba con todo rigor, se clavaba en el corazón todos los agujones del escrúpulo, se llenaba la imaginación de las venganzas de Dios y de los terrores bíblicos. En esas imaginaciones melancólicas fermentaba una epopeya sombría, terrible y grande como el Edda. Se penetraban de los textos de San Pablo, de las amenazas tonantes de los profetas; su mente gravitaba hacia las inexorables doctrinas de Calvino; reconocían que la masa de los hombres está predestinada á la condenación eterna (1); varios creían que esa multitud es criminal antes de nacer; que Dios ha querido, previsto, preparado su pérdida; que de toda eternidad ha meditado su suplicio, y que no los ha creado más que para entregarlos á él (2). Nada puede salvar á la misera criatura fuera de la gracia, de la gracia gratuita, puro favor de Dios, que no concede Dios más que á un corto número, y que distribuye, no con arreglo á los

(1) Calvino, citado por Haag, II, 216. *Historia de los dogmas cristianos*.

(2) Son los supralapsarios.

esfuerzos y á las obras de los hombres, sino sólo á merced del arbitrio de su absoluta voluntad. Somos «los hijos de la cólera», apestados y condenados de nacimiento; y en cualquier parte del inmenso cielo adonde dirijamos los ojos no encontramos más que rayos que amenazan aniquilarnos. Figurémonos, si es posible, los estragos que debe causar semejante idea en espíritus solitarios y tristoños como los que esa clima y clima producen. Varios se creían condenados é iban gimiendo por las calles; otros no dormían ya. Estaban fuera de sí, creyendo sentir siempre sobre ellos la mano de Dios ó la garra del demonio. Un poder extraordinario, un gigantesco resorte de acción se había desarrollado de repente en el alma, y no había barrera en la vida moral, ni institución en la sociedad civil, con que no pudiese dar al traste su esfuerzo. *

Empieza por transformarse la vida privada. ¿Cómo podrían subsistir ante una concepción semejante los sentimientos ordinarios, los juicios diarios y naturales sobre la felicidad y el placer? Suponed hombres condenados á muerte, no á muerte sin más, sino á la rueda, á las torturas, á un suplicio infinito en horror, infinito en duración; suponed hombres así, que esperan la sentencia y saben, sin embargo, que, de mil, de cien mil probabilidades, tienen una de perdón. ¿Pueden entretenerse aún? ¿Pueden interesarse en los asuntos y en los placeres del siglo? El azul del cielo no luce ya para ellos, el sol no los calienta, la belleza y la suavidad de las cosas los dejan insensibles; han olvidado la risa, se embeben interiormente, pálidos y silenciosos, en su angustia y en su expectación; no tienen más que un pensamiento: «¿Me hará gracia el Juez?» Sondean ansiosamente los movimientos involuntarios de su corazón, único que

* Que contrasta con lo que se ve en la vida
pública y el amor a que hay que llevar la palabra
moralidad de la Iglesia cuando de los labios
de predicadores!

puede responder, y la revelación interior, única que los cerciora de su perdón ó de su pérdida. Juzgan que todo otro estado de espíritu es impío, que la indiferencia y la alegría son monstruosas, que cada distracción ó preocupación mundana es un acto de paganismo, y que el verdadero distintivo del cristiano es temblar con la idea de la salvación. Desde entonces entran en las costumbres la rigidez y el rigorismo. El puritano condena el teatro, las pompas del mundo, la galantería y la elegancia de la corte, las fiestas poéticas y simbólicas de los campos, las alegres franquachelas, los repiques de campanas, todos los respiraderos por donde había querido desahogarse la naturaleza sensual é instintiva. Se retira de todo; renuncia á las diversiones; desecha los adornos; se rapa la cabeza; viste de oscuro y sencillamente; habla en tono gangoso; anda tieso, con la mirada vaga, ensimismado, indiferente á las cosas visibles. Queda abolido todo el hombre exterior y natural; sólo subsiste el hombre interior y espiritual; de toda el alma no queda más que la idea de Dios y la conciencia, la conciencia alarmada y enferma, pero estricta en punto á todo deber, atenta á las menores faltas, rebelde á los acomodos de la moral mundana, de una paciencia, de un valor y de un espíritu de sacrificio inagotables: una conciencia que instala la castidad en el hogar conyugal, la veracidad ante los tribunales, la probidad en el comercio, el trabajo en el taller, y por doquiera la voluntad fija de soportarlo todo y hacerlo todo antes que faltar á la más mínima prescripción de la justicia moral y de la ley bíblica. La energía estoica, la profunda honradez de la raza han despertado al llamamiento de la imaginación entusiasta; y esos caracteres de una pieza se lanzan sin

reservas por el camino de la renuncia y de la virtud.

Un paso más, y ese gran movimiento va á trascender del interior al exterior, de las costumbres privadas á las instituciones públicas. Figurémonoslos cuando leen: toman por sí las prescripciones impuestas á los judíos, y á ello los invitan los prefacios. Al frente de la Biblia el traductor (1) ha puesto una lista de los términos principales de la Escritura, cada uno con su definición y con citas de los textos en su apoyo.—«*Abominación*. La abominación ante Dios son los ídolos y las imágenes ante las cuales se inclina el pueblo.» ¿Se observa el precepto? Sin duda, se han suprimido las imágenes; pero la reina conserva aún un crucifijo en su capilla; ¿y no es un resto de idolatría arrodillarse ante el sacramento?—«*Abrogación*. Abrogar es abolir ó reducir á la nada; y así la ley de los mandamientos, que consistía en los decretos y las ceremonias, está abolida; los sacrificios, las fiestas y todas las ceremonias exteriores están abrogadas; todo orden, declaro, está abrogado.» ¿Lo está? ¿cómo es que los obispos se arrojan aún el derecho de prescribir la fe y el culto, y de tiranizar las conciencias cristianas? ¿Y no se ha conservado en el canto de los órganos, en la sobrepeleliz de los sacerdotes, en el signo de la cruz y en otras cien prácticas; todos esos ritos sensibles que Dios ha declarado profanos?—«*Abuso*. Los abusos que hay en la Iglesia deben ser corregidos por el príncipe; los ministros deben predicar contra los abusos, y muchas tradiciones humanas son puros abusos.» ¿Qué hace, pues, el príncipe y por qué deja abusos en la Iglesia? Es menester que el cristiano se levante y proteste; debemos purgar la Iglesia de la costra pagana con que

(1) Traducción de Tyndal, 1549.

la ha cubierto la tradición (1).—He ahí las ideas que surgen en esos espíritus incultos.

Representémonos esos hombres sencillos, y tanto más capaces de creencias firmes cuanto más sencillos, esos terratenientes, esos comerciantes que han formado parte del jurado, votado en las elecciones, deliberado, discutido en común sobre los asuntos privados y públicos; que están acostumbrados al examen de la ley, á la confrontación de los precedentes, á todas las minucias del procedimiento jurídico y legal; que llevan esos hábitos de legistas y litigantes á la interpretación de la Escritura, y que, una vez formada una convicción, ponen á su servicio la pasión fría, la obstinación irreductible, la rigidez heroica del carácter inglés. Va á entrar en acción el espíritu puntual y militante. Cada cual se cree en el deber de estar «dispuesto, fuerte y bien pertrechado para contestar á cuantos le pidan razón de su fe (2)». Cada cual tiene sus escrúpulos y sus remordimientos de conciencia acerca de alguna porción de la liturgia ó de la jerarquía oficial; acerca de las dignidades de canónigo ó archidiacono, ó de ciertos pasajes del oficio de difuntos; acerca del pan de la Eucaristía ó de la lectura de los libros apócrifos en la Iglesia; acerca de la plura-

(1) Interrogatorio de Mr. Axton, 1570. «Yo no puedo avenirme á llevar esa sobrepelliz; es cosa contraria á mi conciencia. Con la ayuda de Dios espero no ponerme nunca esa manga, que es una marca de la bestia.»—Interrogatorio de White, ciudadano de Londres, acusado de no ir á su iglesia parroquial (1572): «Todas las Escrituras van contra la idolatría y con cuanto á ella se refiere.—¿En qué sitio está esa prohibición?—En el Deuteronomio y en otros lugares; y Dios nos manda por Isafas no mancharnos con las vestiduras de la imagen, sino rechazarlas como una impureza de mujer.»

(2) Prefacio de Tyndal.

lidad de los beneficios ó del bonete de los eclesiásticos. Cada cual cierra contra algún artículo, y todos en masa contra la institución episcopal y la conservación de las ceremonias romanas (1). Y por todo eso los encarcelan, los multan, los ponen en la picota, les cortan las orejas, y se destituye, expulsa y persigue á sus ministros (2). La ley declara que «todo individuo mayor de diez y seis años, que durante un mes se niegue á asistir al culto establecido, será encerrado hasta que se someta; que, si no se somete al cabo de tres meses, será desterrado del reino, y, si vuelve, recibirá la muerte.» Ellos dejan hacer, y demuestran tanta energía para sufrir como escrúpulo para creer; por una tilde, por recibir la comunión sentados y no de rodillas, ó de pie más bien que sentados, dejan sus puestos, su hacienda, su libertad, su patria. Un doctor, Leighton, pasa quince semanas en una perrera, sin lumbre, sin techo, sin cama, aherrojado; se le caen el pelo y la piel; le atan á la picota en medio de las escarchas de Noviembre; le azotan, le marcan la frente, le cortan las orejas, le parten las narices, le encierran ocho años en la Fleet, y de ahí pasa á la prisión común. Varios se dejan quemar, y con alegría. La religión para ellos es un *convenant*, es decir, un pacto hecho con Dios, que hay que observar á despecho de todo, como un compromiso escrito, á la letra y hasta la última sílaba. Admirable y deplorable rigidez de la conciencia meticulosa que hace ergotistas al par que fieles, y que hará tiranos después de haber hecho mártires.

(1) La separación de los anglicanos y de los disidentes puede hacerse remontar á 1564.

(2) 1582.

Entre los dos hace combatientes. Se han enriquecido y acrecentado de una manera extraordinaria en ochenta años, como siempre acontece á los que trabajan, viven honradamente y atraviesan erguidos la vida, sostenidos por un gran resorte interior. De ahora en adelante pueden resistir, y, estrechados de cerca, resisten; prefieren tomar las armas á dejarse acorralar en la idolatría y el pecado. Reúnese el Parlamento Largo, derrota al rey, y depura la religión; se ha soltado la esclusa: los independientes por encima de los presbiterianos, los exaltados por encima de los fervientes, todos se precipitan; la fe irresistible é invasora y el entusiasmo forman un torrente, ahogan ó perturban los cerebros más sanos, los políticos, los juristas, los capitanes. La Cámara emplea un día entero á la semana en deliberar sobre el fomento de la religión. Tan pronto como se toca á sus dogmas, se enfurece. Habiéndose acusado á un pobre hombre, Pablo Best, de negar la Trinidad, la Cámara quiere que se extienda una ordenanza para castigarle con la muerte; habiéndose creído Dios James Naylor, la Cámara se ensaña durante once días en su proceso con una animosidad y una ferocidad hebraicas: «Pienso que no hay nadie más poseído del diablo que ese hombre.—Aquí se suplanta á nuestro Dios.—Mis oídos se han estremecido y me ha temblado el corazón al oír semejante cosa.—No hablaré más. Tapémonos los oídos y apedreémosle (1).» Delante de la Cámara, públicamente, tenían éxtasis personajes oficiales. Después de la expulsión de los presbiterianos, el predicador Hugo Peters exclamaba en medio de un sermón: «Ved, ved ahora la revelación; voy á daros parte de ella. Ese ejército extirpará la monarquía, no

(1) *Burton's Diary*, 1, 54, etc.

sólo aquí, sino en Francia y en los demás reinos que nos rodean. Se dice que entramos en un camino sin ejemplo hasta aquí. ¿Qué pensáis de la Virgen María? ¿Había antes algún ejemplo de que una mujer pudiese concebir sin la asociación de un hombre? Este es un tiempo que servirá de ejemplo á los tiempos futuros (1).» Cromwell encuentra en la Biblia predicciones, consejos para el tiempo presente, justificaciones positivas de su política. «Yo creo verdaderamente que el Señor tiene el designio de librar á su pueblo de toda carga, y que está á punto de cumplir todo lo predicho en el salmo 113. Ese salmo es el que me alienta.» Y recita y comenta durante una hora el salmo 113. Aunque calculador y ambicioso, es, no obstante, verdaderamente fanático y sincero. Su médico contaba que había estado muy melancólico durante años enteros, perseguido por imaginaciones raras y por la convicción frecuente de que iba á morir. Dos años antes de la revolución escribía á su primo: «Verdaderamente, ninguna pobre criatura tiene más motivos que yo para combatir en primera fila por la causa de Dios. Que el Señor me acepte en su Hijo, y nos conceda caminar en la luz, como El es la luz. ¡Bendito sea su nombre por haber brillado en un corazón tan obscuro como el mío!»

Ciertamente pensaba en hacerse santo tanto como en hacerse rey, y aspiraba á la salvación como al trono. En el momento de entrar en Irlanda y de hacer una matanza de católicos, escribía á su hija política una carta que no hubiesen desdeñado firmar Baxter ó Taylor. En medio de la absorción de los negocios, en

(1) Guizot: *Portraits politiques*, 63. Véase Carlyle, *Cromwell's speeches and letters*.

1651, exhortaba así á su mujer: «Queridísima mía: No puedo decidirme á dejar pasar este correo, aunque tengo mucho que escribir. Me congratulo de saber que tu alma prospera. Que el Señor aumente más y más sus favores para contigo. El mayor bien que tu alma puede desear, es que el Señor vuelva hacia ti la luz de su rostro, que es mejor que la vida. Que el Señor bendiga todos los buenos consejos y ejemplos que das á los que te rodean, y oiga todas tus oraciones y te acepte siempre.» Preguntó al morir si podía perderse la gracia una vez recibida, y se tranquilizó al oír que no, porque estaba seguro, decía, de haberse hallado una vez en estado de gracia. Expiró con esta plegaria: «Señor, aunque yo soy una pobre y mísera criatura, estoy en alianza contigo por la gracia, y puedo y debo llegarme á ti por tu pueblo. Tú has hecho de mí, aunque muy indigno, un humilde instrumento para tu servicio... Señor, dispongas de mí como quieras, continúa y acaba de hacerles bien. Y acaba la obra de reforma y haz glorioso en el mundo el nombre de Cristo (1).» Bajo aquel espíritu práctico, prudente, propio del mundo, había un fondo inglés de imaginación confusa y poderosa, capaz de engendrar el calvinismo apasionado y los temores místicos. Los mismos contrastes chocaban y se conciliaban en los otros independientes (2). En 1648, después de falsas maniobras, se encontraron en peligro, colocados entre el rey y el Parlamento; entonces se reunieron varios días seguidos en Windsor para confesarse ante Dios y pe-

(1) *Cromwell's speeches and letters*, by Carlyle.

(2) Véase sus discursos. El estilo es incoherente, obscuro, apasionado, extraordinario, como de un hombre que no es dueño de su cerebro, y que, á pesar de todo, ve acertadamente por una especie de intuición.

dirle su ayuda, y descubrieron que todo el mal provenía de las conferencias que habían tenido la debilidad de proponer al rey. «Y á ese sendero nos llevó el Señor (dijo el ayudante general de campo, Allen) para mostrarnos, no sólo nuestro pecado, sino nuestro deber. Y esto pesó tan unánimemente sobre todos los corazones, que apenas hubo uno de nosotros que fuese capaz de decir una palabra á los demás, á causa de las lágrimas amargas que vertía, en parte por el sentimiento y la vergüenza de nuestras iniquidades, de nuestra poca fe, de nuestro cobarde temor de los hombres, de los consejos carnales que habíamos celebrado con nuestra prudencia, y no con la palabra del Señor (1).» Tras esto resolvieron juzgar y condenar á muerte al rey, y como lo pensaron lo hicieron.

En torno de ellos cunden la exaltación y la locura: independientes, milenarios, antinomistas, anabaptistas, libertinos, familistas, cuákeros, visionarios, buscadores, perfectistas, socinianos, arrianos, antitrinitarios, antiescrituristas, escépticos, la lista de las sectas no acaba. Mujeres, soldados, subían de pronto al púlpito y predicaban. Las más extrañas ceremonias se ofrecían al público. En 1644, dice el doctor Featly, «los anabaptistas rebautizaron juntos á cien hombres y mujeres, á la hora del crepúsculo, en riachuelos, en brazos del Támesis y en otras partes, sumergiéndolos en el agua hasta por cima de las orejas y de la cabeza». Un tal Oates, del condado de Essex, «compareció ante el jurado por la muerte de Ana Martín, que había fallecido algunos días después de su bautismo, á consecuencia del frío que cogió». Fox conversaba con el Señor, y clamaba en calles y plazas contra los pe-

(1) Carlyle, *Ibid.*, I, 254.